

**DISCURSO ACADEMICO  
PRONUNCIADO POR EL DOCTOR LUIS LOPEZ DE  
MESA, CON OCASIÓN DE RECIBIRSE ACADÉMICO  
DE NÚMERO EL SEÑOR JULIAN MOTTA SALAS,  
EL 14 DE MARZO DE 1.952**

---

CAPITULO

XIII

Este que ustedes ven aquí, académico recipiendario, es el señor doctor Julián Motta Salas, Bonilla y Perdomo, hidalgo cervantista y humanista clásico, con vocación tan nimia y señera que otro ninguno veo que en ella le supere hoy dentro de Colombia, ni aún le iguale sin pausas o desvíos. Descendiente de Belalcázar, el máximo poblador de ciudades que España dio al Nuevo Mundo, y de los Garcilasos de la Vega, ilustres allá con un luminar ineclipsable de la poesía, y aquí con el insigne "Inca" que primero abrió rutas a la literatura iberoamericana, tiene pues sangre prócer en su tierra y blasones de duque en sus tataradeudos peninsulares.

Mas no alardea él de tal prosapia, ni yo la nombro para robustecer su mérito intrínseco, sino para que estribe en ella la hipótesis biográfica de que de ahí probablemente le vino esa devoción con que se da al estudio de las humanidades, y a vivir casi, casi ensimismado en la lumbre literaria de otros siglos y otras jornadas del entendimiento. Prefiere el eglógico ámbito de su Huila pastoril y Tolima grande para enorgullecerse, y en algunas de sus mejores páginas reverbera la ternura con que miró sus montes y planicies o trató su gente.

En lo cual le acompaña mi espíritu con la sabrosa olenitud de indeformables recuerdos y de estudio, Desde la confluencia del Sombrerillos y del Magdalena hasta la de éste y el Gualí hay 500 kilómetros, medidos cartográficamente. Es lo que llamamos El Alto Magdalena, para distinguirlo de las porciones media y litoral, demás fácil navegación, separadas por los raudales de Honda. En aquella parte superior, que yo he denominado Magdalena Pratense, por la cualidad de su vegetación gramínea, cuanto a las llanuras, está ubicados los sobredichos departamentos del Huila y del Tolima,

con las correspondientes laderas cordilleranas que enmarcan la anchurosa cuenca fluvial. Es la serie de gigantes artesas geológicas que el magno río excavó entre las Cordilleras Central y Oriental de la mole andina, y que van creciendo en magnitud desde la jugosa y fértil de Pitalito, hasta la de Mariquita, más amplia y reseca. Los tributarios que bajan de unas y otras vertientes colaterales, de la Central, sobre todo, se encajonan en sus lechos, "erodados" hondamente, y dejan en resalto las sabanas que recorren, y aridecidas, por ende, en los períodos caniculares, allí intensos. Arroyos y riachuelos se extinguen entonces, y aún los ríos mayores, sino el precioso Saldaña, hijo de la nieve, y el Suaza potente, merman el caudal en gran cuantía y a poco se reducen.

El Suaza es magnífico también como hacedor en su curso medio de la más espaciosa y admirable caverna que posee la Cordillera Oriental; como el Paece, por suyo en poderío, a su frente, en la otra Cordillera, atestigua la existencia remota de la indescifrable civilización aborígen, que por ahí, a las márgenes del Ullucos ( en jurisdicción política del Cauca ), vivió antaño y luego enmudeció para siempre.

Esta mención de los indios me recuerda que el país tolimense, grantolimense, disfruta de dos motivos más de orgullo tradicional aborígen, pues al norte dió albergue a la tribu de los Pijaos, caudillos de la única epopeya magna que rebatió largamente la conquista española y la tuvo en jaque por más de medio siglo.

Caupolicanes caribes y almogávares aqueude y allende la Cordillera Central, en cuyas breñas recataban su nido halcónide; y al sur, la cultura lítica de los proto-andaquíes, o pre-andaquíes tal vez, que aún derrota nuestras indagaciones con sello de arcano insoluble. Porque en San Agustín revela valentísima virtud de expresión de las fuerzas naturales en símbolos de grandeza impresionante y hasta de grandor físico, con la majestuosa sencillez de un estilo clásico, rústico todavía o bárbaro, por decirlo así, mágico y religioso a la vez, y por Inzá, en Tierra Adentro, indicado antes, otro que se humaniza y ablanda en la galanura del colorido y del dibujo, ya, en cierto modo, sentimental y hogareño, ya romántico, fino y muelle.

A este país y tales gentes llegó en el siglo XVI la invasión española, para su conquista y el definitivo poblamiento. Mezclándose mucho en algunas regiones, conservándose en otras un tanto más pura, la nueva estirpe produjo sociedad criolla de muy peculiares atributos. Con el signo de dos o tres decenas de apellidos ilustres, repetidos en el común abolengo, dióse a la vida pastoril a que convidaban las praderas de su suelo tropical, apenas matizándolas aquí o allá con algunas suertes de otros cultivos. Y así, hízose recio y nervudo el hombre, hacendosa la mujer, suave y discreta; cristiana y noble de otras virtudes la sociedad conjunta. No adquirió el dejo atropellado de los costeños ni el reptante escandido de la Altiplanicie, ni el cantarino del Valle caucano, sino la

entonación casi quejosa de una dulcedumbre asordada y cordial. De una dulcedumbre en que parece que el corazón humedeciera las voces de ternura al prolongar las sílabas finales en uno como arpegio de puntos suspensivos.

Dulcedumbre, y no más: se equivocaría gravemente quien la atribuyera a timidez pueril o ánimo blandengue, que en llegando la hora del trabajo bravío de la navegación y el pastoreo o la arduidad de las lides guerreras, surgen el pijao indomeñable y el hazañoso español de las jornadas casi inverosímiles.

Así fue hasta ahora. Quizás la aviación, las carreteras y los ferrocarriles, el crecimiento demográfico, la agrupación en ciudades populosas, la técnica agrícola incidente y el mal ejemplo universal, que todo lo invade, muden este cuadro o ya lo estén variando. Mas lo hecho, hecho queda: Ahí en ese fondo pastoril y patriarcales costumbres, tenía que prender la emoción del mundo eglógico de otras edades y otros pueblos en la remota fraternidad de la experiencia humana y unos mismos sentimientos. Al evocar José Eustasio el tropel de potros cerriles que en la dehesa soleada, de Casanare, tal vez, detienen la carrera veloz para escuchar " el retrasado viento", uno rememora los caballos impetuosos de Tesalia que el griego describe para el combate o los torneos, y Fidias ( o Alcámenes quizás ) esculpió, divino, delante del carro de Helios emergente. Y cuando el mismo Rivera evoca el canto de la torcaz, que

a la sobretarde y primeras sombras "arrulla" los montes lejanos y el padre río, que anchuroso ya y mudo discurre en la caliginosa lontananza del confín pradeño, uno recuerda la voz de Pan transmutada en gorjeo de paloma, para revivir entre nosotros, o el canto sortilego de aquel ruiseñor de la leyenda que en el bosque mantuvo un éxtasis multiseccular al asceta que lo oyó una vez y quedó en suspenso.

El lidio Alemán, precursor de Anacreonte, decía en resumen:

*" Y reposando, se aduermen los montes;  
se aduermen laderas, cumbres y valles:  
toda la Tierra, y los seres que viven".*

A través de las edades, este tema sigue solicitando de varios modos la inspiración panteísta de los vates egregios. Carlos Bousoño, nueva lumbre de la poesía española, lo aplica estupendamente a la historia milenaria de su estirpe:

*"Mis ojos miran montes donde  
sembró la historia  
el dulce sueño amargo que sueñan  
todavía"*

Y de nuestros auténticos musagetas colombianos: Germán Pardo García, en dicción impecable y bien hallado acento cósmico, asocia al destino del hombre las etonias ( o cetonias ) potencias del mundo; y Andrés Holgín nos descubre valores panantropistas ( por así decirlo, pues que otro decir sería equivocado ),

en sus montes y llanuras, en sus mares,  
y cuanto engendran o sostienen:

*"He visto bosques que se estremecen  
en la tarde serena,  
como si hubiera en sus hojas una  
parcela  
de angustia humana"*

Empero, aunque no tan refinadamente,  
José Eustasio halló mayor concordancia  
de ternura a la "vivencia" del paisaje  
solariego de su Huila, cuando dice del  
zurear de la paloma montés en el  
crepúsculo:

*"Al impulso materno de sus tiernas  
entrañas,  
amorosa se pone a arrullar las  
montañas....  
Y se duermen los montes....  
Y se apaga la luz!"*

De uno u otro modo, Grecia retorna en  
vislumbre. Tal así cuando el insigne Fallon  
siguió el otro callado ascenso de "La  
Luna", un no sé qué de Selene Pártenos  
refulge sobre las planicies del Doima y  
del Combeima. Un no sé qué de  
Hesíodo:

*"Ya del Oriente en el confín profundo  
la luna aparta el nebuloso velo,  
y leve sienta en el dormido mundo  
su casto pie con virginal recelo*

*En la mansión oculta de las Ninfas  
Hendiendo el bosque a penetrar  
alcanza,*

*Y alumbrá al pie de despeñadas linfas  
De las Ondinas la nocturna danza".*

La imagen surge de las palabras con la  
espontaneidad genuina con que brotan  
del tallo las flores en el rosal y el lirio  
enhiesto. Sin intentar paralelos  
imposibles, ni en naturaleza, ni en  
espíritu, entre la cimera madre de la  
cultura y un apacible valle colombiano,  
diré que hay ahí grata vislumbre de la  
exquisita diafanidad de los griegos:  
aunque Fallon tenga cristiana la actitud  
y romántico el sentimiento de suyo,  
logró en dichos versos la suave sencillez  
que a los clásicos tanto embellece y  
distingue. Helena, hija de Júpiter, y en  
su origen probablemente diosa de la  
navegación. De ojos azules como el  
mar, y como él tornadiza y viajera,  
representó en Homero la ardua lucha  
femenil entre la admiración heroica  
—que le unía a Menelao— y la pasión  
de los sentidos con que Afrodita la  
encadenó violentamente a su hijo Paris:  
el más bello de los hombres. Su corazón  
de laconia aún se estremece ante las  
proezas del Atrida, pero sube al lecho  
de Paris, Venus optante: Homero, jonio  
al fin, la disculpa en hábiles paréntesis  
de atenuación y evocaciones de señorío  
recóndito. Ante el cadáver del  
caballeroso Héctor dice con acento  
inconfundible de matrona: ".... Por eso  
ahora —en triste duelo el corazón  
sumido— a ti y a mí, infeliz! Lloro  
afligida". Tal vez, allá en el fondo de los  
mitos, la divina infiel exprese asimismo,  
simbólicamente, la atracción que la Jonia  
asiática, hedonista y refinada, ejerció  
sobre la austeridad de los aqueos y  
dorios de Laconia: Sea de ello lo que  
fuere, a buen seguro la Epónima significó  
para la totalidad de los helenos la  
máxima belleza femenina y el acmé físico

de la gracia juvenil. Y sin embargo, con cuan sencillas metáforas e ingenuos adjetivos nos la describen Homero y sus continuadores! Aún el ya Alejandrino Teócrito dice de ella, el Epitalamio, según la traducción lírica de Conde, que invierto levemente:

*"Excelsa, y grande cual se corre el  
surco  
por el campo, y en huerto los cipreses  
o en el carro el caballo de Tesalia,  
así en Lacedonia es ornamento  
Helena la rosada.....  
....., que no pisa  
otra igual el suelo de la Acaya"*

Es la sencillez, que hace genuina la expresión de los seres en la naturaleza y el arte. La que engendra inefable la sonrisa de los niños y acompasa majestuosamente la marcha del toro padre en la pradera. Ingenuidad diría, si el vocablo no hubiese padecido cierta deformación conceptual semántica, genuinidad, diré, aunque sea neológicamente: porque aquella sencillez exige tratamiento de sumo arte para que resulte lo que debe ser; adecuación indefectible, con cierto resplandor de gracia, casi inadvertida, y propia, floreciente de suyo.

Mas no se crea que tal adecuación estricta y consumada sencillez puede enseñarse a título de precepto, que de manos mediocres sólo saldrían trivialidad y no adecuación, y más que sencillez, simpleza. Porque para lograr aquel sublime candor del arte se requieren sabiduría recóndita y la máxima virtud comunicativa del genio,

intransmisible siempre y acaso, acaso indefinible también. Mejor que yo, lo dice el Infante Don Juan Manuel en su medio lengua arcaica: "De ningún maestro non puede home aprender de ser esforzado nin las otras maneras que home ha de haber, si Dios non gelo da o él non las ha de suyo".

*"No hay estabilidad en las humanas  
cosas, como lo dijo el excelente  
Varón de Chío; y cual las hojas vanas  
descienden volteando levemente  
al caer de las ramas elevadas,  
así cae también la humana gente".*

¿Exótica acaso o extravagante la vaga relación sugerida entre el estilo que Grecia impuso acabadamente a sus artistas y el todavía apenas esbozado que impone la región colombiana de que voy tratando? ¿Qué nos queda de la tríade causativa de la obra de arte que propuso Taine, o de la toynbeeana (toynbiana), que a ésta en mucho se parece?

No lo sé.

Sino que el paisaje tolimense infunde cierta emoción de severa sencillez en quien lo contempla con ojos de entendimiento: No es la llanura ahí como su gemela del Valle ponentino, tazón de Flora, plácido y maternal, ubérrimo diríamos, de "uber", significativamente, donde el ánimo se aplice en goce de plenitud paradisíaca, de prodigalidad y de belleza, donde Ceres hubo troja y casa espaciosa, donde húmedos vergeles y un gran río decorativo y manso, que ondula

lánguidamente en la planicie verdecida de cañaverales y praderas, con el incendio floral de uno que otro cámbulo, inspiran gratitud a Dios y el poema autóctono de María. Anagoge e idilio. Aunque grave antítesis hegeliana (u oposición dialéctica), contraria hogaño su destino, y lo anochece....

No así el tolimense: su conformación topográfica y clima adusto sumen al hombre en la callada magnitud de extrañas fuerzas telúricas, viven en él sin frontera definible entre naturaleza y sociedad, entre agro y espíritu. Engendran un patriarcado de recóndita varonía, bajo especies de quietud, como todo lo grande, como el cosmos. Sobre el paisaje pradal de inexpresivo gris amarillento a trechos, presiden los acantilados majestuosos de Mariquita, las graves "Fortalecillas" de Neiva, las cónicas estribaciones en que se apaga la Cordillera Central por San Agustín y Pitalito. Y en medio, la planicie, "el plan", como dice su gente, y las rampas de raquílica pastura, y los vallejuelos recatados, y el río imperial que avanza creciendo, creciendo, ora amenazante y poderoso, ora explayado y bonancible, amigo siempre. Que sabe su misión de grandeza y vínculo. Al bajar de la cumbre andina en rápido declive, la cordillera, como si intentase retenerlo aún, le opone un borbotón de colinas, y él, aprisionado y asfixiado casi, reduce el álveo a tres metros apenas, se hace tromba y rompe mugiendo el murallón granítico, hasta surgir a sosegado nivel, todavía amontonado y trémulo. Luego juega a ladear su cauce por el pie de la una o de la otra cordil-

lera en amplios giros, y a cabriolar sobre los peñones de Gallinazo, de Jaramillo y de Boluga, como ensayándose para el combate ciclópeo de Honda, donde ha de romper los brazos vertebrales de las dos cordilleras, que allí se unen con entraña berroqueña y dura sílice. Luego después, orgulloso y jocundo de su libertad definitiva, se desboca largamente en rubios caballones espumantes, con dos mil toneladas de magnitud, que sólo van a sosegar su ímpetu tres kilómetros abajo, en el anchuroso valle de su curso medio y delta remoto.

Asimismo fluvial. Río con alma y con mensaje, río social de leyendas folklóricas y de mitos vernáculos, fraternalmente amado por los ribereños de su márgenes, Río que por el día ayuda a la faena de los hacendados y mercaderes, y por la noche cuchichea misterios, embruja doncellas y desorienta pescadores novicios o desprevenidos navegantes.

Y la llanada, "el plan", común denominador de campos y de aldeas, de vastas y pequeñas heredades, de caminos y horizonte. Hogar de todos en la solidaridad de la estirpe, con costumbres peculiares, sentido de permanencia, hontanar de ensueños juveniles, pomo o nartecio de memorias...

Río y plan y hombre viven ahí en comunidad de sino, como los griegos de las primeras centurias del poblamiento vivieron en su mar por excelencia o "archipiélago", y en sus

colonias de tierra firme, vida entrañada en las fuerzas naturales, anegada en sus dioses. Sino que su generoso mar, vínculo de talasocracias, señorío de culturas perennes, paradigma de bellos horizontes, fue incomparable, archipiélago y edén en conjunto.

¿Qué de raro, pues, que este hombre tolimense se incline a la comunión con el mundo, serena y sencilla?.

Yo la quisiera ejemplar y permanente, para acordarnos mejor con la misión augusta del espíritu. Yo la quisiera ejemplar.....

Porque esa virtud de adecuación perfecta y de prodigiosa sencillez que capacitó a los griegos para la suma claridad y gracia hechicera, aunque intransferible, como ya lo expuse, por didascalía no más y mero plagio, nos es, ello obstante, utilísima en Colombia para atemperar un poco la imprecisión conceptual y la proliferación adjetiva, y hasta el fárrago de imágenes, con que solemos expresarnos a impulso de aunadas verbosidad e incertidumbre: Que si nunca fue el numen infuso artificialmente ni prestadizo, sí es doctrinable el que se tiene y perfectible en gran manera. De ahí que yo contemple con alborozo la reciente floración de estudios griegos en nuestro país, como lo indican las traducciones de Leopoldo López Alvarez e Ignacio Rodríguez Guerrero en Nariño, los estudios etimológicos de Tomás Cadavid Restrepo en Antioquia, los textos didácticos de Félix Restrepo y Eusebio Hernández de Bogotá, la labor docente

de Rafael García Herreros, Gregorio Arcila Robledo, Francisco M. Rengifo, y del venerable Daniel Restrepo, sobre todo, etc., las acotaciones semánticas de José María Restrepo Millán y la compulsación de textos bíblicos de Manuel José Casas y José Manuel Díaz en la misma ciudad; las versiones, en fin, de Anacreonte (ya editada), de Sófocles y de Teócrito (aún inéditas), amén de un trabajo de historia literaria griega más extenso, en preparación, que el doctor Motta Salas ha realizado o está realizando con imperturbable vocación, como aduso dije, en su laborioso retiro de Neiva. Es la epifanía de un culto helenístico colombiano que ya se hacía desear, sino en unos pocos antes: Aún recuerdan discípulos suyos la elación arrobadora con que Carlos Cortés Lee, fervoraba en su cátedra La Anábasis de Jenofonte: "Thálassa", repetía como paladeando el néctar en la copa zeusina de Hebe y Ganímedes. Y en nuestros días Cornelio Hispano nombra con transporte aleusino que conmueve, a los Homéridas aedos, al insuperado Sófocles o al Beocio insigne que troqueló en verso inmortal la frase más perfecta que oyeron los siglos: "El hombre es el sueño de una sombra". Sueño de una sombra: "Skiás onar.....".

Y los escudriñadores de la filosofía helénica que, como mis dilectos amigos el profesor José Vicente Castro Silva y el peritísimo Julio Enrique Blanco, escancian el saber en la pura fuente y hábilmente lo compulsan.

Y en fin, los que van surgiendo con el arponazo luminoso de Grecia en la

mente; Ignacio Escobar López, Luis Gonzalez Barros, Danilo Cruz Vélez....

Después de la cosecha universalmente prestigiosa de nuestros humanistas latinos, y de la observación inteligente, traducciones esmeradas inclusive, de varias literaturas contemporáneas y modernas, y hasta exóticas, era justo y era urgente que remirásemos con cuidadoso empeño la obra genial de la madre Hélade, no vencida aún, no abandonada, ni siquiera senescente, como dice Cicerón, "Ssenescente iam Graecia", en otro sentido.

La obra que de Virgilio a Racine, Goethe y Milton, de Horacio a Garcilaso de la Vega, Carducci, Keats y Pombo...enciende la inspiración y el estro educa de los grandes. La obra que en filosofía, en moral y en arte, y aún en ciencias, preside todavía la espiritualidad del mundo.

El doctor Motta Salas nos trae esta noche noticias de su traducción de Teócrito y el estudio ahondado de la obra y personalidad (como ahora decimos) de este griego ilustre. A él, pues corresponde la substancia, a mí la parte adjetiva de comentar el ambiente de su labor, o sea, aludiendo a la pintura, que a él pertenece el lienzo y a mí el marco que orle sus luces y colores, que lo defina y señale: escoliasta, a lo sumo.

El que ofrece hoy a nuestra admiración estética es un artista genial del siglo III, antes de Cristo, que nació en Siracusa de Sicilia cuando el buen Agatocles

gubernaba la urbe, y floreció en la época erudita de Ptolomeo Filadelfo. Lo que significa que ya es un poco alejandrino en arte. Contemplemos su ambiente:

Ello fue durante un viaje de Nápoles al Pireo. Serían las ocho de la mañana cuando el barco pasó por el Estrecho de Mesina, la Messene de los griegos. El cielo limpio, quieto el mar. Color de añil aquél, éste de azulado niquelino, dormían ambos, al parecer, como anegados en la luz tempranera del sol, que leve, levísima calígene hacía difundir en amplios pabellones oblicuos, de oro tenuemente espolvoreada. De cuando en cuando ráfaga tenue y tibia me oreaba el rostro, y se aquietaba. De cuando en cuando alígera gaviota pasaba triscando con los reflejos chispeantes de la luz en el agua, y desaparecía subiendo. El mar, como encerrado en perspectiva entre el curvo litoral de Italia al norte y la ribera siciliana, igualmente curva, al sur, semejaba una concha inmensa. A lo lejos, por oriente, cual si vinieses del vecino Jonio, leves crestas de espuma surgían avanzando, avanzando hasta desvanecerse en la quietud azul de la ecuórea planicie. Y yo me decía entre mí, enajenado casi el espíritu: ¿De cuál de esas diminutas ondas festonadas de espuma surgirá Anadiomene, la de los ojos garzos y áurea cabellera ondulante, la del andar majestuoso, que cantó Virgilio, Anadiomene?

Y así entendí entonces la creadora imaginación del pueblo griego.

## GOBERNADORES DESIGNADOS EN TITULARIDAD POR DECRETO



**Dr. LIBORIO CUELLAR DURAN**  
1947 - 1948



**Dr. RAFAEL AZUERO  
MANCHOLA**  
1948 Y 1949



**Don EDUARDO UCROSS GARCIA**  
1948 - 1949



**Dr. FLORENTINO RAMIREZ  
CORONADO**  
1949 - 1950



**GUSTAVO SALAZAR TAPIERO**  
1950 - 1952  
1962 - 1963